



DON VALERIO TRUJANO.

No obstante que es Don Valerio Trujano una de las más simpáticas figuras de la guerra de Independencia, es muy poco conocido, y apenas se asocia su nombre al sitio de Huajuápam, que con tanta constancia supo sostener.

Nació en Tepecoacuilco, hoy Estado de Guerrero, por 1760, de una familia de labradores tan poco acomodados que tuvieron que dedicar á su hijo á la arriería desde que éste era de corta edad; adquirió, sin embargo, algunos conocimientos, que se redujeron á leer, escribir y hacer algunas operaciones aritméticas. Con sus continuos viajes adquirió en propiedad una numerosa recua que lo sustentaba, pues hacía viajes desde Oaxaca y el Sur hasta Guatemala y la costa del Norte cargando cochinitilla y cacao ó conduciendo ganado. Era muy formal en sus tratos y de una honradez á carta cabal, además de fervoroso cristiano, y por todas estas causas era bastante conocido en todo el Sur y tenía numerosísimas relaciones en él así como un conocimiento exacto de la topografía de aquella región.

Conoció y trató á Morelos cuando éste era también arriero, y lo estimó y respetó cuando ya fué sacerdote; muchas veces Trujano se desvió de su camino para ir á saludar á su antiguo compañero de caminos á su Curato de Nocupétaro, y en una de aquellas visitas el sacerdote, que ya estaba al tanto de las conspiraciones

para realizar la Independencia,, habló de la idea al arriero, que no la recibió mal y que después de meditar en ella durante sus viajes acabó por adherirse completamente á ella, sin el entusiasmo de un joven pero con la tenacidad de un hombre del todo sugestionado y que estaba resuelto á sacrificar por ella sus comodidades y hasta su existencia. Cuando tuvo noticia del grito de Dolores comprendió que había llegado la hora de combatir y que no pasaría mucho tiempo sin que se le llamase, y á fin de encontrarse listo emprendió un viaje en el cual saldó sus compromisos, cortó cuentas con sus amos y corresponsales y perdonó deudas á los insolventes, reunió sus ahorros y vendió su recua, con cuyo dinero se procuró armas para la pequeña partida que iba á levantar. Sus deseos hubieran sido levantarse inmediatamente que supo lo ocurrido en Dolores, pero como entonces tenía algunas deudas, reflexionó que si se hacía insurgente entonces, podían creer sus acreedores que era un recurso de que se valía para burlarlos y esto repugnaba á su honradez; además, si acaso moría en la campaña, moriría con el remordimiento de no haber saldado tales deudas, y esto no cuadraba con la rectitud de sus principios.

Con diez y siete hombres se alzó en armas y desde luego empezó sus correrías con tanta fortuna y acierto que muy pronto se hizo notable por su valor y aumentó su fuerza, que casi siempre expedicionó por Oaxaca. Uno de sus primeros triunfos lo obtuvo sobre el realista Almanza, que caminaba de Veracruz para Oaxaca; Trujano lo alcanzó y al derrotarlo se hizo de cien fusiles que le fueron de mucha utilidad; en Tlapa se presentó á Morelos, quien lo envió á ocupar el pueblo de Silacayoapan, comisión que desempeñó satisfactoriamente, y en seguida, unido á Don Miguel Bravo, fué destinado á la misma Oaxaca: en Tecanextla se encontraron con París (29 de Enero de 1812) y aunque lo atacaron por dos puntos á la vez, se vieron obligados á retirarse, perdiendo el único cañón que llevaban; no abandonaron, sin embargo, la provincia, y se dirigieron á Yanhui-

tlán, en la Mixteca, donde atacaron á Régules, pero éste se fortificó en la iglesia y el Curato y supo defenderse en tan pequeño recinto gracias á la solidez de esos edificios; retirados los insurgentes, Régules asumió la ofensiva, hasta que fué obligado á volverse á encerrar en el mismo pueblo, donde al fin habría tenido que capitular si Don Víctor Bravo no es llamado por Morelos para que concurrese al sitio de Cuautla. Régules antes de salir de Yauhuitlán, donde fusiló á varios, mandó cortar las orejas á veinticinco Indios que hizo poner debajo de la horca, teniéndolos á la expectación pública durante todo el día.

Trujano, ya sólo, se situó en el camino de Cuicatlán, donde atacó y derrotó á Don Manuel Guendulain, rico mayorazgo de Oaxaca que había armado á todos los trabajadores de sus haciendas; Guendulain y muchos de sus sirvientes quedaron muertos en la acción y Trujano se apoderó de todas sus armas. En seguida se situó en Huajuápam, capital de la Mixteca, sabedor de que las fuerzas de Régules, en combinación con Bonavía y Caldelas iban á atacarlo; fortificó rápidamente algunos puntos y esperó al enemigo, que no tardó en presentarse el 5 de Abril. Trujano, aprovechando la oportunidad de haber concurrido al tianguis del pueblo muchos individuos por ser día domingo, á ninguno dejó salir y á todos los incorporó á su ejército. Además, como le faltaba artillería, tomó las campanas de las torres y con ellas fundió tres cañones, las balas las suplió con piedras del arroyo inmediato y con balas de la dura madera llamada "palo de hierro." Los sitiadores se distribuyeron por el contorno de la población, dominaron á ésta por el Norte, donde está el cerro del Calvario, abrieron zanjas, emplazaron su artillería y á los cinco días rompieron el fuego sobre la plaza.

Memorable es por todos conceptos el sitio de Huajuápam y sólo puede ser comparado con el de Cuautla, y si se consiguió sostener tanto tiempo, se debió á la fe inquebrantable de Trujano y á sus asiduos desvelos. Al mismo tiempo que Gene-

ral era proveedor, médico y apóstol. Comenzó por almacenar todos los víveres, para lo cual le sirvió mucho una cantidad considerable de carne de chito (de chivo, frita en sebo para sacar éste) que se encontró en la colecturía: cada mañana hacía la distribución entre los vecinos y soldados, de manera enteramente equitativa. Estableció también una severa disciplina monástica que desde el primero hasta el último día, en medio de las sangrientas peripecias de un sitio de ciento catorce días, la fuerza de su voluntad y su ascendiente irresistible sobre el soldado, así como sobre el paisano, mantuvo exenta de la más ligera infracción. Estaba distribuido el tiempo como en un convento, y la mayor parte del que dejaban libres los deberes militares y los ataques de los sitiadores, lo dedicaban á la oración. Las oraciones se rezaban en común y en esa población privada de toda comunicación exterior, en medio de un pueblo ignorante de las alegrías de la vida, siempre en frente de la muerte, se conducían con el fervor del marinero que implora la misericordia de Dios, su único consuelo, contra los furores de la tempestad. Gracias á estas extraordinarias, pero sabias disposiciones, el desaliento no cundió en aquellas almas perpetuamente ocupadas. Cuando los víveres escasearon ninguna mirada escrutadora podía sondear los vacíos almacenes, ninguna voz indiscreta podía anunciar el próximo ayuno, y era evidente que el sitio puesto por los realistas á Huajuápam no podía tener más que dos resultados: aplastar hasta al último de los sitiados ó ser levantado por los españoles.

Los ataques fueron frecuentes y en todos ellos quedó rechazado Régules, no obstante que en uno consiguió penetrar casi hasta el centro horadando varias casas; el realista recibió de Oaxaca nuevos refuerzos y dos cañones. Por medio de un atrevido indio, natural del pueblo de Noyó, consiguió hacer llegar una carta al padre Sánchez pidiéndole auxilio; éste y el Cura Tapia se pusieron en marcha con gran número de gente, abundantes víveres y nueve cañones, pero al acercarse á la plaza

el 17 de Mayo, Caldelas, que había emboscado su tropa en un palmar, los atacó de sorpresa y los desbarató tan completamente que Sánchez y Tapia escaparon con pocos á uña de caballo, perdiendo artillería y víveres. No quedaba á Trujano otra esperanza que Morelos y á él despachó el indio de Noyó, que otra vez consiguió salir de la plaza exponiendo á cada instante su vida al atravesar la línea de los sitiadores; sin embargo, pudo salir, y para avisar á Trujano su salida quemó desde una altura dos cohetes, según estaba convenido.

En Chilapa recibió el Generalísimo el aviso de Trujano é inmediatamente resolvió ir en auxilio suyo, reunió una división de 1,800 hombres mal armados y destacó á Don Miguel Bravo para que unido á los padres Sánchez y Tapia concurriesen al ataque, pero estos tres fueron derrotados por Caldelas, que les quitó su artillería, y no quedó más remedio que Morelos emprendiese el ataque. Se verificó el 13 de Julio y Trujano se encontraba en tan apurada situación que aquél precisamente terminaba una Novena que en honor del Señor de los Corazones, imagen muy venerada en Huajuápam, había hecho: cargó reciamente por el mismo punto por donde Morelos atacó, y tan bien maniobraron ambos, que no sólo quedó roto el sitio, sino levantado de una vez, destrozados los realistas, muerto Caldelas y en vergonzosa fuga Régules. Yahuitlán fué abandonado y los realistas tuvieron tal pánico que ni dentro de Oaxaca se creían seguros. Morelos quedó dueño de doce cañones, más de dos mil fusiles, muchas municiones, é hizo ciento sesenta prisioneros, que incorporó á su ejército ó envió á Zacatula. Trujano se apoderó de Yahuitlán y acabó de dispersar á los realistas; con sus tropas formó Morelos un Regimiento que llamó de "San Lorenzo," aludiendo á que había estado expuesto al fuego por todos lados, é hizo Coronel de él al mismo Trujano. El Generalísimo tenía abiertas las puertas de Oaxaca ni dos meses después de haber salido de Cuautla, cuando aún se decía en México

que estaba derrotado para siempre, pero no quiso por entonces ocupar la ciudad.

Volvió Trujano de Yanhuitián á incorporarse al ejército de Morelos en Tehuacán, y algunos días permaneció en el Cuartel general ó haciendo expediciones cortas, pues tenía el encargo de impedir que los realistas de Puebla se proveyesen de víveres en las haciendas del rumbo de Tepeaca, y además, proveer á los insurgentes de Tehuacán. Hallábase ocupando á Tepeaca la división de vanguardia del ejército llamado del Sur, compuesto de algunos soldados de marina, batallón de Guanajuato y lanceros de San Luis á las órdenes del Teniente Coronel Don Saturnino Samaniego. Trujano, en desempeño de su comisión, llegó el 4 de Octubre al Rancho de la Virgen, situado entre Tepeaca y Tlacotepec; en la primera de las citadas poblaciones había cuatrocientos soldados realistas á las órdenes de Samaniego, y aunque el insurgente sólo llevaba cien hombres confiaba en que, como estaba convenido lo auxiliaría Galeana oportunamente. En las primeras horas del día 5 Samaniego, llevando un cañón, cayó sobre el rancho, pero Trujano, aunque sorprendido, opuso una vigorosa resistencia que duró todo el día, hasta que Samaniego consiguió pegar fuego á la casa y tienda del rancho, con lo que obligó á los defensores del sitio á salir. Trujano consiguió ponerse en salvo, pero al ver que su hijo permanecía en la casa incendiada fué en auxilio suyo y encontró la muerte, pues fué derribado por dos balazos y quedó acribillado de heridas; también murieron dos de sus oficiales y bastantes insurgentes, dispersándose el resto. Samaniego, por su parte, recibió también una herida que lo dejó cojo para el resto de su vida, perdió unos ochenta hombres de los trescientos que llevaba, y se retiró al ver que llegaba Galeana. Llano, á su vez, enviaba refuerzo al realista, pero lo encontró cuando iba ya de retirada.

Los cadáveres de Trujano y de Gil fueron llevados á Tehuacán, donde Morelos los hizo enterrar con honores militares. Este jefe deploró siempre la pérdida de tan va-

liente Teniente por la inmensa falta que le hacía; en cambio los realistas se felicitaron de la desaparición de un enemigo tan temible. Todos los historiadores le han hecho justicia y en medio de la pléyade de hombres notables que rodearon al caudillo del Sur, la figura de Trujano no es de las menos notables.
